

LAS APORTACIONES DE ESPAÑA A LA CONSTRUCCIÓN EUROPEA



Josep Borrell Fontelles

Exvicepresidente de la Comisión Europea y Alto Representante de la UE para los Asuntos Exteriores y la Política de Seguridad

EL 4 de octubre de 2024 tuve ocasión de realizar una entrañable visita a la Escuela Naval Militar de Marín, culminada con una conferencia ante los cadetes y el público en general, sobre la base de la cual se ha escrito este artículo. En el transcurso de la misma aprendí mucho, recordando además de los tiempos de mi infancia, *Botón de ancla*, protagonizada por uno de nuestros grandes actores, Fernán Gómez. *Botón de ancla* fue mi primer conocimiento de este prestigioso centro en el que los guardiamarinas tienen el inmenso honor y la inmensa suerte de estar, de aprender, para después servir a la Armada y a España. Se ha de ser conscientes de la herencia que los mismos reciben y del enorme privilegio que representa estudiar en Marín. También por la gran importancia que ha tenido, y tiene, nuestra Armada en la Historia. Los españoles no conocemos nuestra historia. Yo tampoco la conozco demasiado y la citada visita me ayudó a recordarla. Me permitió recordar a dos grandes marinos militares españoles no suficientemente conocidos.

Me refiero al almirante Blas de Lezo, curtido (y mutilado) en mil batallas, y quien entre otras proezas salvó a Cartagena de Indias del asedio inglés frente a fuerzas muy superiores. Y qué decir de Bernardo de Gálvez, sin duda el «Lafayette español», quien en el contexto de la revolución americana expulsó a los ingleses de la Florida occidental, tras derrotarlos en la batalla de Pensacola.

Gálvez, por cierto, metió los barcos en Pensacola desobedeciendo al comandante de la flota, pero ganando así esta decisiva batalla. Por ello George Washington lo hizo ciudadano honorario de los Estados Unidos, y su retrato figura en la sala de los fundadores del Congreso. Unos

hechos apenas conocidos en España. En Francia, todo el mundo sabe quien es Lafayette y lo importante que fue para el nacimiento de los Estados Unidos, pero en nuestro país, ¿cuántos saben quién fue Bernardo de Gálvez?

Del mismo modo que se desconoce que la contribución de España a la independencia americana fue decisiva. Tuve el honor de constatarlo yo mismo, acompañando a nuestro rey Felipe VI en una visita a Estados Unidos en 2018, cuando era ministro de Asuntos Exteriores. Bien es cierto que esta contribución no nos la agradecieron demasiado, porque pocos años después perdíamos Cuba y Filipinas en sus manos.

Pero, ¿quién se acuerda de Santiago de Cuba? Del heroísmo de nuestros marinos, que sabían que iban a una muerte cierta cuando el almirante Cervera llamó a embarcar en los buques que tenían que salir por el Castillo del Morro, a enfrentarse a una flota americana que disponía de cañones de mucho más largo alcance que los nuestros, y que era como tirar al plato contra unos barcos que apenas podían defenderse. Y, sin embargo, ni un solo marino faltó a la cita, todos embarcaron, obedeciendo las órdenes que llegaban de Madrid al almirante Cervera. Sea como sea, salga a combatir, mire usted que mis cañones no alcanzan a los

Debemos seguir avanzando en la progresiva conformación de una verdadera Unión de la Defensa



Rafael Navarro / Foto Pepe Diaz

suyos, no importa, salga, y salió. Y si ustedes van a Nueva York y visitan un cementerio, encontrarán allí las tumbas de los prisioneros de guerra de los que sobrevivieron a esa batalla. Fueron trasladados como prisioneros a Estados Unidos, y muchos de ellos allí murieron. De cuando en cuando conviene recordarlos.

Valgan estos ejemplos, habría muchos más, para poner de relieve lo faltos que estamos de un conocimiento sólido del papel de España en la Historia, y que contrasta con otros países de nuestro entorno. Sí, hay que recordar lo que nuestros hombres y mujeres han hecho a lo largo de nuestra historia, para poner de relieve lo que nuestro país, España, esa gran nación, no solo un Estado, una nación, ha hecho en la historia del mundo.

Por tanto es muy oportuno abordar las aportaciones de España a Europa, porque normalmente hablamos de las aportaciones de Europa a España. Hablamos más de lo que hemos recibido de Europa, que de lo que hemos aportado. Esto forma parte de nuestro complejo histórico. Pero debemos ser bien conscientes de que hemos aportado mucho a la construcción de Europa. Y es bueno recordarlo en el marco de un entorno geopolítico tan hostil, con dos guerras a nuestras puertas, en Ucrania y Oriente Medio.

Cierto es que nuestra mejor versión es la de la España europea: España no sería lo que es hoy sin Europa. España se incorporó a la UE con la explícita voluntad de europeizarse como vía idónea para alcanzar el progreso, la libertad y la influencia exterior. En 2025 se cumplen cuarenta años del Tratado de Adhesión a las Comunidades Europeas (12 de junio de 1985).

Estos cuarenta años han sido, sin duda, los mejores de nuestra historia moderna. Desde la batalla de Trafalgar hasta ahora, no hemos tenido un periodo más próspero y pacífico. Cuando menciono la batalla de Trafalgar en Europa, sonrían, porque saben que fue una derrota de Francia y España y una victoria británica. Pero fue también el punto crítico de nuestra historia desde un trágico siglo XIX, una permanente guerra civil entre españoles que acabó con el advenimiento de la democracia y que con la incorporación que Europa ha significado una gran etapa de prosperidad.

Los españoles de mi generación se incorporaron a Europa con la firme voluntad de europeizar nuestra vida para avanzar en el progreso, en la libertad y en la influencia en el mundo. El ingreso en las comunidades europeas fue fundamental para consolidar nuestra democracia, modernizar la economía, reforzar nuestra voz e intereses en el mundo gracias a la plataforma que Europa nos ofrece, y dar al país las infraestructuras que necesitaba, financiadas en gran parte con fondos estructurales y de cohesión, entre otros. De esto último sé bien de lo que hablo. Como ministro de Obras Públicas tuve la responsabilidad de desplegar la red de autovías del Estado y la alta velocidad ferroviaria, sin las cuales no habría sido concebible el desarrollo económico de las siguientes tres décadas. Esto representó aproximadamente el 3 por 100 del PIB español, que es lo que invertimos en infraestructuras durante muchos años.

Pero no solo fueron infraestructuras físicas. Las infraestructuras más importantes son las que no se ven. Son las infraestructuras institucionales. Son las instituciones que dan fuerza a un país, que le aseguran la paz, que le aseguran la seguridad, la libertad. Son los sistemas que permiten la convivencia, que garantizan nuestra seguridad en el mundo. Y eso lo

hemos aprendido gracias a estos años en Europa que contrastan con ese dramático siglo XIX que hemos dejado atrás.

Sobre esto hay una gran unanimidad, si pensamos en dos personas tan dispares ideológicamente como Felipe González y José María Aznar. Cuando a González le preguntaron una vez que cuál era su principal satisfacción política, contestó que si tuviera que resumirla en una sola historia que le dejó impresionado, se quedaba con la de un minero que había trabajado toda su vida extrayendo carbón y que le dijo: «Yo le doy las gracias por haberme reconciliado con mi pasaporte; ahora en la portada, junto a 'España', dice 'Comunidad Europea' y eso me hace, al fin, estar cómodo con ser español».

A Aznar, con ocasión de una conferencia en Oxford, el famoso historiador Garton Ash le pidió que le dijese contra quién se construye Europa, quién es el enemigo de la UE. Y la respuesta de Aznar fue. «Si yo fuera un cautivo de lo políticamente correcto diría que contra nada ni nadie. Pero como ya voy de retirada digo que contra nosotros mismos. Europa es una garantía contra nosotros mismos». Europa se hace contra nuestra historia. Se hace contra la historia de las guerras entre europeos. También nuestras guerras civiles. Y gracias a Europa hemos vivido en paz en los últimos setenta años. Y eso no es poca cosa. Las jóvenes generaciones creen que la paz es el estado natural de las cosas. Pero no es así. El estado natural de las cosas es la violencia. Y por eso los estados necesitan ejércitos. Por eso necesitan capacidades para defenderse en un mundo violento. Y si bien es verdad que los europeos vivimos en paz entre nosotros, el resto del mundo no vive en paz. Al contrario, cada vez vive más en medio de conflictos sangrientos.

Dicho todo esto, las aportaciones españolas a la construcción europea son muy relevantes, tras cuatro décadas de membresía. Decía Ortega que España era el problema y Europa la solución. Era otro tiempo. Ahora España forma parte de la solución, está en la ecuación (Europa), el instrumento que nos ayuda a resolver los retos de un mundo globalizado e interdependiente, pero también geopolíticamente hostil.

Lo primero que España ha aportado es un gran impulso político, en todo el proceso de construcción europea. Esto no es una banalidad, por-

que sabemos que hay diversidad de opiniones entre los Estados miembros sobre el ritmo y abanico de la integración. España siempre ha estado en el grupo de cabeza, el más favorable a la integración.

Hemos de recordar como el Gobierno de Felipe González, todavía como país candidato, apoyó decididamente el Acta Única y el Libro Blanco de Delors para construir el mercado interior. En 1987, España llevaba solo un año en el club comunitario, pero el comisario Manuel Marín creó el que seguramente es el programa más conocido y popular de la UE: el programa Erasmus, de intercambio educativo entre universidades. Un programa que contribuye decisivamente a crear un sentimiento ciudadano de pertenencia a la Unión.



EUNAVFOR Atalanta

El refuerzo de la política regional, como contrapeso a la pura lógica del mercado interior, vino con los fondos de cohesión por los que peleó nuestro Gobierno en la cumbre de Edimburgo de 1991, y que luego se incorporarían al Tratado de Maastricht. La lógica de la cohesión territorial y de la convergencia económica y social era fundamental para países como España y Portugal, situados en la periferia de la economía europea y del mercado interior.

Hicimos otra gran aportación al Tratado de Maastricht de 1992: la ciudadanía europea, lo que supone reconocer que tenemos una serie de Derechos en cuanto que ciudadanos europeos, no solo como ciu-

dadanos de los Estados. La ciudadanía europea simboliza el ideal federal de una Unión que no es solo de Estados, sino también de ciudadanos, directamente representados mediante votación popular en el Parlamento Europeo.

En esta perspectiva, fue España la que propuso formalizar cuatro derechos: libre circulación, residencia, participación en elecciones municipales en el país de residencia y al Parlamento Europeo activa y pasivamente, y derecho a protección diplomática y consular por parte de todos los Estados miembros.

También en Maastricht pedimos incluir la salud pública, lo que permitió que la Comisión empezara a desarrollar programas en este ámbito y se crearan instituciones como la Agencia del Medicamento. Posteriormente, la pandemia del coronavirus demostró la importancia de disponer de una

base legal en el Tratado para poder lanzar una unión sanitaria y la compra mancomunada de vacunas.

España por supuesto apoyó decididamente el lanzamiento de la moneda única, el euro. De hecho, el nombre se adoptó bajo la segunda presidencia española del Consejo (cumbre de Madrid de 1995). El euro era la consecuencia natural, pero tardó mucho en gestarse, de habernos dotado de un mercado interior. No tenía sentido que tuviéramos que comerciar en un mercado sin aranceles ni barreras interiores cada uno con su moneda nacional.

Cierto que ha habido también imperfecciones importantes en la construcción europea; no hemos de tener tapujos en reconocerlo. Una moneda sin un Estado, es decir, sin una unión política fuerte, y por tanto sin pilar fiscal (impuestos y tesoro federal) demostró su debilidad con la crisis financiera iniciada en 2007. El propio Delors era consciente de ello, pero lo apoyamos desde España por lo que significaba para el proceso progresivo de unificación europea, la puesta en común de una parcela tradicional de la soberanía nacional.

España de hecho accedió a la tercera fase de la UEM en igualdad de condiciones que el resto de los socios, arrastrando de paso a otros, como Italia, que se mostraban más confiados en el hecho de que se pudiera «parar el reloj» y postergar la entrada en vigor del euro.

Aun hoy la unión monetaria es un proyecto incompleto, con el que hemos de comprometernos, dotándonos de un activo seguro como propone Draghi (los eurobonos) y de impuestos paneuropeos. Sobre la emisión de deuda europea que ha supuesto el Plan de Recuperación a raíz de la pandemia, antes incluso del plan conjunto franco-alemán, España fue de los primeros países que abogó por la emisión de deuda conjunta.

En aquellos años noventa del siglo pasado se decidió también la unificación alemana. Mitterrand la aceptó a cambio del euro, pero Kohl no obtuvo a cambio la unión política, como se decía más arriba. España fue sin duda el Estado más relevante en apoyar sin ambages la reunificación alemana. También aquí creo que prestamos un gran servicio a Europa.

En el año 1995 empezó a funcionar el Espacio Schengen de Libre Circulación de personas, del que nuestro país formó parte desde el principio. Cuando suprimimos las fronteras, o cuando las abrimos a través de los acuerdos de Schengen, España estaba allí. Los jóvenes no saben que es una frontera. Pero yo sí la recuerdo. «¿Dónde va usted? Abra la maleta. ¿De dónde viene? ¿A dónde va? Pasaporte». Todo esto forma parte del pasado. Se puede viajar de Lisboa hasta Helsinki, sin que nadie pregunte a dónde se va. Las fronteras existen, pero son invisibles. Pasamos a través de ellas sin darnos cuenta ¿Por qué? Porque los Estados han renunciado a la frontera como elemento de división y hemos permitido la libre circulación de personas.

También se lanzó por impulso español el Proceso de Barcelona, que habría de reforzar la dimensión mediterránea de la Unión Europea, tan importante para nosotros, de donde andado el tiempo saldría la Unión por el Mediterráneo.

A España también se debe en buena medida la importancia que ha cobrado el Espacio de Libertad, Seguridad y Justicia. La mejora de la cooperación policial y judicial era para nosotros fundamental para vencer definitivamente al terrorismo de ETA. De ahí que nuestras propuestas para el mutuo reconocimiento de las decisiones judiciales, o la Euro-orden, se demostraron pioneras, a pesar de que nuestros socios no siempre lo entendieran, al menos no hasta los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington. España se adelantó a decisiones que se tomarían años después, como el principio del mutuo reconocimiento en el Consejo Europeo de Tampere de 1999 o la aprobación de la euroorden en 2002.

En materia institucional, España siempre ha defendido en cada reforma de los Tratados, el aumento del uso de la mayoría cualificada en el Consejo, y más poderes legislativos para la Eurocámara, reforzando así la democracia europea. En esta línea por cierto hemos de seguir trabajando en los años venideros, porque es insostenible una política exterior europea a veintisiete, en unos años tal vez a treinta y cinco, todos ellos dotados de derecho de veto.

En definitiva, España ha sido un motor de la construcción de Europa, porque hemos creído en Europa. Cuando abrimos la puerta a los países del Este, a los países que se liberaban del yugo comunista, lo hicimos en contra de nuestros intereses económicos inmediatos. Sabíamos que esos países eran más pobres que nosotros. Iban a recibir unos fondos de los que

España se beneficiaba, y que, entrando en la familia gente más pobre que nosotros, habría que compartirlos con ellos. La reacción egoísta hubiera sido cerrarles la puerta. Pero no, no lo hicimos.

No tuvimos nunca este reflejo. Más bien dijimos, sí, adelante, sabemos lo que es vivir privados de libertad, uniros a la familia europea, que es vuestra familia, de la que habéis estado secuestrados durante tantos años del yugo totalitario. ¿Y cómo podemos decir que Budapest no es Europa? ¿Cómo podemos decir que esos países no formaban parte de la gran Europa que hoy constituimos 27 estados y quizá pronto 37? Todo ello creo que está en nuestro haber y lo hemos de pregonar.

Somos europeístas de vocación, no solo por interés, sino porque creemos firmemente que, en el mundo de hoy, las viejas naciones europeas, viejas y pequeñas, no van a sobrevivir si no se unen. Los europeos somos solo el 5 por 100 de la población mundial. Al día siguiente de la segunda guerra éramos el 25 por 100 de la población mundial. En pocos años hemos pasado del 25 al 5 por 100. Y nuestra edad media es el doble de la edad media de la gente que nos rodea desde Gibraltar hasta el Cáucaso.

La paz no es el estado natural de las cosas, sino la violencia. Y por eso los estados necesitan ejércitos

Un arco de inestabilidad de países que se enfrentan a guerras y a conflictos internos y externos. Importamos una parte muy importante de nuestra energía. Entonces dependemos mucho del exterior. Ser pocos, viejos y dependientes no es una receta de futuro. Necesitamos sangre nueva y buena parte de esa sangre vendrá de la emigración. Necesitamos dar un salto tecnológico o nos superarán países emergentes como China, que no representan el mismo modelo político que el nuestro.

En el campo de la política exterior de la UE, España ha hecho dos grandes aportaciones, por un lado, el refuerzo de su dimensión mediterránea y latinoamericana (esta segunda, hasta nuestra adhesión, era casi inexistente), y el impulso institucional a la propia Política Exterior y de Seguridad Común, que nace también con Maastricht.

En este terreno siempre hemos apoyado el aumento de las capacidades europeas, incluyendo en materia de defensa la creación de las Misiones Petersberg (humanitarias, rescate, mantenimiento de la paz, gestión de crisis), del Comité Militar, del Estado Mayor de la UE, de los cuarteles generales operacionales, de los Grupos de Combate (*Battle Groups*), y de la Agencia Europea de Defensa.

No quiero dejar de mencionar aquí las contribuciones de mi ilustre predecesor, Javier Solana, quien además de impulsar muchos de los avances que acabo de citar, lanzó la primera Estrategia europea de Seguridad. Con el Tratado de Lisboa, que también apoyamos decididamente, se crea el Servicio de Acción Exterior y se establece una Cláusula de Asistencia Mutua que es prácticamente idéntica al artículo 5 de la OTAN.

Hemos construido una Europa basada en el comercio, en la economía, en la moneda única, en la supresión de las fronteras, en la cooperación. Pero ahora tenemos que construir una Europa basada en la seguridad y en la defensa. Palabras que no estaban en el discurso inicial al momento de la fundación de la primera de las Comunidades Europeas en 1950. Palabras que se han incorporado después a medida que el mundo iba cambiando. Y que ahora y en los próximos años tendrán una importancia muy grande. Eso lo haremos hacer a través del desarrollo de una política común de seguridad, defensa y política exterior. Y a mí me ha correspondido en estos últimos cinco años desarrollar esa política común. Común no quiere decir única. Durante muchos años tuvimos una moneda común, el ECU, pero cada país conservaba la suya. Era común, pero no era única. Todos teníamos la nuestra, la peseta, nosotros, y además compartíamos una que era común. Para pasar de lo común a lo único tuvimos que suprimir las monedas nacionales. Adiós a la peseta y quedarnos con una sola, la misma para todos.

En materia de defensa estamos todavía en el periodo de lo común pero no único. Queremos construir una política común, pero cada estado mantiene su defensa, su ejército. Está lejos el tiempo en el que suprimiremos los ejércitos nacionales, para tener un único ejército europeo. En todo caso esto se hará poco a poco, porque el ejército sigue siendo el elemento fundamental de la soberanía.

Un Estado se caracteriza por un territorio y, por lo tanto, una frontera que lo delimita. Se caracteriza por una moneda y se caracteriza por una capacidad defensiva. Hemos suprimido la frontera, hemos renunciado a la moneda, tenemos una para todos. Nos queda el ejército, nos queda la defensa, el último reducto de la soberanía nacional. Es lo que representa todavía a un país por lo que es, el monopolio de la fuerza, la capacidad de defenderse. Pero eso lo hemos de poner en común porque 27 ejércitos hoy no es la mejor manera de enfrentarse a los riesgos del mundo. Entre todos nosotros, los 27 ejércitos europeos, gastamos en defensa cuatro veces más que Rusia y más o menos lo mismo que China. Pero gastamos en investigación y tecnología militar diez veces menos que Estados Unidos. Es evidente que cada uno de los países no puede solo asumir el reto securitario del mañana.

Es un camino que hay que recorrer poco a poco, tan rápido como sea posible, ciertamente no de golpe, pero poniendo uno tras otro los peldaños que nos conduzcan a una capacidad defensiva que nos una a los europeos en una tarea común. Eso lo hemos empezado a hacer con nuestras misiones militares, que han estado repartidas por todo el mundo.

Desde el nacimiento de la PESC, la UE ha desarrollado unas cuarenta misiones y operaciones, militares y civiles, para hacer frente a las crisis en su vecindario y ayudar a los países socios. En cuanto a la participación española en las mismas, al estallar la guerra de los Balcanes en los años 90, nuestra Armada ya participó en la pionera operación *Sharp Guard* que tenía por misión aplicar en el Adriático el embargo de armas a la ex Yugoslavia.

Desde entonces, España ha participado en la práctica totalidad de las misiones militares de la UE: *Artemis* (Congo), *Concordia* y *Althea* (Balcanes), *Atalanta* (contra la piratería en el Índico), y *Sofía* (contra el tráfico de personas en el Mediterráneo), por citar algunas de las más conocidas. *Atalanta*, en particular, fue la primera operación marítima conducida desde un cuartel general operacional de la UE. Tras el *Brexit*, este se encuentra en la base naval de Rota bajo el mando de un almirante español. Al momento de escribir estas líneas, unos 600 efectivos españoles participan en el conjunto de las misiones europeas. Participamos en las operaciones de Sahel (Mali), República Centroafricana, Somalia, Mozambique, y en muchos otros lugares.

Este compromiso nos ha proyectado también políticamente en el seno de la UE y de su pilar de seguridad y defensa, algo que considero que contribuye a mejorar la capacidad y *readiness* de nuestras Fuerzas Armadas por la continua exposición a todos estos variados escenarios.

España por otro lado participa también activamente en los proyectos de la cooperación estructurada permanente en materia de defensa (PESCO), desde su lanzamiento en 2017. De los 66 proyectos en curso, España lidera 5 y participa en 39. En cuanto a los *Battle Groups* o Grupos de Combate, son una especie de unidades militares que están, digamos,

La Brújula Estratégica atiende a la aspiración de construir una seguridad y defensa de identidad propia



de guardia. Esperando ser llamados por si hay que intervenir en algún conflicto. Los creamos hace muchos años. No los hemos utilizado nunca ¿Por qué? Pues porque no es la fuerza lo que determina la misión, sino que es la misión lo que determina la fuerza. Y si el *Battle Group* que está de guardia es una unidad de cazadores alpinos y hay que desembarcar en Libia, pues francamente no es de mucha utilidad. Análogamente, si hay que intervenir en el Congo y lo que tenemos es un batallón de infantería de marina, pues tampoco es muy útil.

Por eso hemos de invertir el razonamiento. Y en vez de tener fuerzas que puede que no estén adaptadas a la misión, tenemos que diseñar elementos modulares que sean capaces de hacer frente a cualquier misión. Es en este contexto en el que nace el documento de la Brújula Estratégica, durante mi mandato como Alto Representante. La Brújula Estratégica tiene como objetivo construir una cultura estratégica común, reforzar nuestra unidad y, sobre todo, potenciar la capacidad y voluntad de actuar juntos para proteger nuestros intereses y defender nuestros valores en un mundo geopolíticamente hostil.

La Brújula atiende la aspiración de construir una seguridad y defensa con identidad propia, estableciendo unos objetivos a alcanzar, distribuidos en cuatro pilares: actuar, proteger, invertir y actuar con socios.

En el de actuar, destaca la creación de la Capacidad de Despliegue Rápido, fuerza modular de hasta 5.000 efectivos, capaz de actuar en entornos no permisivos. Para impulsarla, durante su presidencia rotatoria

del Consejo en 2023, España acogió una primera prueba de esta futura Capacidad mediante el ejercicio LIVEX con empleo real de la fuerza naval en aguas de Cádiz. Otros de los escenarios de la Brújula que recientemente ha habido que improvisar, ha sido la evacuación de no-combatientes en zonas de conflicto, como ha ocurrido en Sudán, Gaza o Níger, también con una contribución destacada de nuestras Fuerzas Armadas.

El azar quiso que la Brújula Estratégica se aprobara por el Consejo justo cuando la Rusia de Putin inició su guerra de agresión a Ucrania en febrero de 2022, y en consecuencia al sistema de seguridad europeo y al orden internacional basado en el Derecho. En el 2014 Rusia invadió Crimea, y aquello fue la primera señal de alarma, aquello fue el primer *wake up call*, como se dice en inglés, pero no se atendió. Porque una cosa es despertarse y otra cosa es levantarse. Uno puede despertarse y darse la vuelta en la cama y seguir durmiendo. Nos despertamos, pero en aquel momento no nos levantamos.

Para levantarnos de verdad hubo que esperar a la segunda agresión a gran escala de Rusia contra Ucrania. Cuando empezaron a caer los misiles sobre Kiev, a las cinco de la mañana, me despertaron desde mi célula de crisis diciéndome: «*They are bombing Kiev*». Y se materializó lo que todos temíamos, que es que esa movilización de tropas rusas a la frontera no era de broma, era para atacar a Ucrania, como realmente ocurrió. Entonces sí, entonces nos despertamos, nos levantamos y nos comprometimos a apoyar a Ucrania en su defensa. En su defensa y en su funcionamiento económico.

El ejemplo del heroísmo ucraniano en defensa de su libertad, así como la constatación de que, ni en Europa ni en todo Occidente, la disponibilidad de sistemas de armas y municiones resultaba suficiente para apoyar a un agredido en una guerra de alta intensidad, han supuesto un profundo revulsivo.

La Unión Europea estuvo desde el primer momento dispuesta para apoyar la justa causa ucraniana, incluso a costa de asumir importantes sacrificios. Desde que empezó la guerra, los europeos hemos gastado en el apoyo a Ucrania 100.000 millones de euros, y esto no se ha acabado todavía. Ucrania ha perdido muchos hombres y mujeres en el ejército, en sus infraestructuras civiles, el 70 por ciento de su sistema eléctrico ha sido destruido por los bombardeos rusos. Putin quiere poner a Ucrania en el frío y la oscuridad. En invierno hace mucho frío en Ucrania y sin electricidad es difícil subsistir. Hay que imaginar que hubiéramos perdido ese mismo porcentaje de la potencia eléctrica de España y que solo tuviéramos electricidad unas pocas horas al día. O que los supermercados, los hospitales, las escuelas fueran bombardeadas ciegamente, que unos seis millones de españoles hubieran tenido que irse.

Hay que resaltar aquí que España, a pesar de estar situada en el extremo occidental del continente, se ha distinguido por ser uno de los más firmes defensores del apoyo político, diplomático, financiero, y militar, a Ucrania. Por cierto, también se encuentra entre los Estados miembros que más refugiados ucranianos ha acogido pese a la distancia geográfica (más de 192.000). Es el Estado miembro que más refugiados ha acogido después de Alemania, Polonia y República Checa.

Como europeos, hemos aprobado catorce paquetes de sanciones a Rusia, utilizado el Fondo Europeo de Apoyo a la Paz para compensar a los Estados miembros por las entregas de material militar a Ucrania, y movilizado los rendimientos de los activos rusos inmovilizados en favor del país agredido. Hemos propuesto un préstamo de 35.000 millones de euros en favor de Ucrania respaldado por estos beneficios.

Dicho esto, hemos de hacer más por Ucrania, pues nos jugamos mucho como europeos, por ejemplo, permitiendo usar nuestro armamento para neutralizar objetivos militares legítimos al otro lado de la frontera. No se trata solo de parar las flechas, sino de detener a los arqueros.

Afortunadamente, Ucrania desarrolla sus propias capacidades y ya tiene misiles capaces de alcanzar a 1.000 kilómetros de distancia un objetivo preciso. En el verano de 2024 se alcanzó un depósito de municiones situado a 500 kilómetros de la frontera. Los satélites detectaron el incendio que produjo en mitad de la estepa. Esto es como lanzar un misil entre Madrid y Barcelona. Acertar con un misil lanzado desde Madrid a un edificio concreto en Barcelona es una proeza tecnológica que ellos ya son capaces de hacer. La necesidad agudiza el ingenio. Los ucranianos

son capaces de producir los drones que no les damos en cantidades suficientes para resistir. Pero creo que necesitan nuestra ayuda.

Se oyen voces que dicen que esa guerra hay que acabarla cuanto antes. Desde luego, los ucranianos son los más interesados en que se acabe cuanto antes. La pregunta es cómo se acaba, porque hay una manera muy fácil de acabar esa guerra. Suspendemos la ayuda militar a Ucrania y la guerra dura dos semanas más, porque sin nuestra ayuda militar y sin la ayuda militar de los Estados Unidos, Ucrania no puede defenderse. Dejamos de ayudarles y tienen que rendirse. Pueden pelear unos cuantos días más, pero acabaremos teniendo a las tropas rusas en Kiev, y un gobierno títere como el que ya tienen en Bielorrusia. Yo siempre recordaré cuando al día siguiente de la guerra, Zelensky se dirigió por videoconferencia al Consejo Europeo y nos dijo: «Quizás sea la última vez que me vean vivo, pero yo no me voy a ir de Kiev». Bueno, pues si queremos evitar que esto ocurra y queremos evitar que el ejército ruso esté en la frontera de Polonia, si queremos evitar que Rusia controle el 40 por 100 del mercado mundial de cereales, por ejemplo, entonces creo que hay que seguir ayudando a este país.

Lo creo firmemente, sabiendo que eso nos cuesta, aunque les cuesta más a ellos, y además si no lo hacemos acabaremos pagando una factura mayor. Además, hay que subrayar la importancia del adiestramiento proporcionado por la misión EUMAM Ucrania, que va a superar pronto los 60.000 soldados adiestrados y a la que España —por otra parte, un contribuyente especialmente comprometido— participa con el centro de coordinación del adiestramiento de Toledo que sobrepasa los 5.600 soldados formados.

Es preciso en este sentido reconocer el trabajo de nuestras Fuerzas Armadas, las cuales vienen dejando una impronta muy particular, basada en el respeto, la empatía y el diálogo con los actores locales. Una cualidad que se ha ganado el reconocimiento general y que convierte a los contingentes militares españoles en un bien especialmente solicitado en las misiones de la UE. Estoy seguro de que nuestro país seguirá siendo un ejemplo, animado por la idea de que una Europa más fuerte y solidaria siempre redundará en una España mejor y más segura.

Durante el mandato 2019-2024 hemos relanzado también la industria de la defensa, con una nueva Estrategia de la Comisión y el Alto Representante. Europa se había prácticamente desarmado tras el final de la Guerra Fría. La prueba está en que importamos hasta el 78 por 100 del armamento entregado a Ucrania, y nuestra industria a duras penas puede reponer los stocks. No fuimos capaces de alcanzar el objetivo de producir en un año un millón de municiones de 155 mm para Ucrania hasta finales de 2024.

Desde el 2008, cuando llegó la crisis del euro, y todos los gobiernos tuvieron que apretarse el cinturón, la variable de ajuste más fácil fue el gasto militar. Evidentemente todo el mundo prefiere gastar en pensiones que en municiones, sobre todo si no se ve la utilidad de la munición a

Una Europa más fuerte y solidaria siempre redundará en una España mejor y más segura

corto plazo, porque no hay ningún conflicto en el horizonte. Así, desde el 2008 todos los estados europeos fueron disminuyendo su gasto militar en un proceso silencioso de desarme que hizo que en el 2014 los ejércitos europeos ya habían perdido capacidad operativa, profundidad estratégica, stocks y efectivos. Todos, el nuestro también.

Compramos fuera lo que necesitan nuestros ejércitos y eso no es tampoco la mejor manera de afrontar el futuro. Cuando llegó el coronavirus, España no producía ni un solo gramo de paracetamol. Tampoco Europa. El paracetamol era lo que usábamos para evitar morir, no para vivir un poco más cómodos. Todo lo habíamos encargado fuera, pensando que bueno, ya lo compraremos. Hasta que de repente todo el mundo quiere comprar a la vez y no hay para todos. Lo mismo nos puede pasar con las armas. Puede ser que llegue un momento en el que no producimos en casa lo que necesitamos para defendernos y no lo podemos comprar fuera. Y por eso hay que revisar nuestras capacidades industriales y por eso seguramente habrá que lanzar un proceso de financiación urgente de esta política de seguridad.

Del mismo modo que hay que reducir la fragmentación nacional de la industria de la defensa, reducir duplicidades y aumentar la interoperabilidad de los sistemas. Esto es más complicado de lo que pudiera parecer. Seguramente necesitamos una unión política más profunda para superar las suspicacias nacionales y la predisposición a proteger los campeones nacionales. En definitiva, la Política Común de Seguridad y Defensa ha avanzado a diferentes velocidades a lo largo de estos 25 años, pero siempre ha avanzado. España ha sido uno de los Estados Miembros más comprometidos y eficaces para proporcionar el combustible para que ese avance se mantenga, y para que cada uno de los Altos Representantes que nos hemos sucedido en el cargo, nos hayamos encontrado una situación sensiblemente mejor que la de nuestros predecesores.

Debemos por supuesto seguir avanzando en la progresiva conformación de una verdadera Unión de la Defensa, más aún tras el regreso de Trump a la Casa Blanca, lo que requiere forjar nuevos consensos, algo que no es siempre fácil. Estoy seguro de que España como en el pasado

formará parte de estos esfuerzos. Por ejemplo, hemos de desplegar un mayor uso del voto por mayoría cualificada en política exterior, o proponer la aprobación por el Consejo Europeo del paso a la Defensa Común prevista en el artículo 42 del Tratado de Lisboa.

No tiene sentido que sigamos decidiendo por unanimidad, es decir que todos tienen que estar de acuerdo a la vez en todo. Imaginemos lo que le pasaría a una comunidad de vecinos en las que hiciera falta un acuerdo unánime. Todos de acuerdo en todo. Desde reparar una cañería hasta pintar la fachada. Seguramente no lo harían nunca. Algo así le sucede a Europa. Y cuando uno no está de acuerdo los demás se paralizan.

Tenemos en la caja de la Unión Europea unos 10.000 millones de euros que no se pueden gastar para apoyar a Ucrania porque el gobierno húngaro se opone. Mientras tanto la guerra continúa y ese retraso se mide en vidas humanas.

En conclusión, la Armada ha hecho contribuciones a la historia del mundo que nadie conoce y deberían ser conocidas. El primer almirante de la flota americana, Ferragut, era un señor de Menorca. Y fue el primer almirante de la flota de Estados Unidos. Los marinos buscaban su rumbo con las estrellas antes de que se inventara el GPS. Así hacían caminos sobre la mar, como decía Machado. Esa mar que nos hace sentirnos humildes y que es el vínculo que nos

une a sociedades que formaron parte de nosotros y que siguen siendo hermanas. No olvidemos que fuimos la nación que organizó la expedición que circunnavegó el globo. Desde la Escuela Naval podemos apreciarla en toda su belleza, potenciada por el entorno mágico de la ría de Marín. Los marinos, que mantienen un intenso contacto con ella, saben que ante su inmensidad y fuerza los seres humanos nos sentimos empequeñecidos.

Resulta inevitable sentirnos humildes en la mar y, paradójicamente, en esa humildad encontramos las bases para crecer como personas: el afán de superación, el valor del compañerismo y del trabajo en equipo, la observancia puntual de la doctrina naval que nos permite operar en un medio tan extremo, y los valores que nos impulsan a superar las situaciones más difíciles. Una doctrina que resulta también útil para navegar en las aguas procelosas de la geopolítica mundial.



Consejo Europeo